



muy disgustado—“Voy a reclamar daños por lo que ustedes me han hecho. Consideren que soy un ciudadano inofensivo”.

“¡Bueno!” —dijo el de las insignias, y ambos emprendieron el vuelo dejándome allí.

Tuve que abandonar mi avión en el lugar, y uno de los automobilistas que acudió indignado por la manera de conducirse con un inofensivo piloto, me ofreció llevarme a la ciudad en su carro.

Se me informó que al siguiente día, centenares de hombres estuvieron buscando cuidadosamente en los terrenos en que supusieron que yo había arrojado las drogas, pero no encontraron absolutamente nada.

Yo había comenzado a tirar mi mercancía tan pronto como los vi sobre mí, y entonces estaba yo a diez mil pies de altura. Usted puede imaginarse lo que sucedió con la pequeña caja de cartón, con peso de cien libras, cuando llegó al suelo.

Al día siguiente mandé reparar mi avión y volé a mi aeropuerto. Cuando llegué allí, me encontré con una nota del Departamento de Comercio, cancelando mi licencia para volar, por el término de seis meses.

Eso no me importó en lo absoluto, pues ninguna autoridad en el mundo me podía evitar de volar en un avión. Todo lo que tenía que hacer era contratar otro piloto para que fuera el titular de la licencia y fuera conmigo para el despegue y el aterrizaje, que en cuanto estuviéramos arriba, nadie iba a ver que yo era el que pilotaba. La policía aduanal trataba de controlar nuestras actividades, pero eran impotentes.

Estos episodios hicieron que la Banda tomara precauciones para evitar que alguno de nuestros aviones cayera en poder del Gobierno.

Recibimos instrucciones de llevar extinguidores de incendio cargados con gasolina; cuando nos viéramos en la necesidad de aterrizar con un cargamento que no nos fuera posible hacer desaparecer, como oro que no pudieramos tirar, debíamos empapar el avión de gasolina y prenderle fuego y estrellarlo contra una montaña.

Yo tuve que realizar esa maniobra una vez al sur de Huntington Beach, cerca de Los Angeles. Me vi precisado a aterrizar con un pe-

sado cargamento de whiskey en la playa. Me dí cuenta de que tan pronto como vieran allí un avión, vendrían a investigar. Espacie la gasolina de mi extinguidor sobre mi avión y le prendí fuego.

Al día siguiente, los periódicos daban la noticia de un piloto que no se pudo identificar, había muerto quemado por las llamas del avión incendiado en la playa.

Un día Chester me llamó a su oficina y me dijo: “Deseo presentarle a un viejo amigo mío, Mr. Wong” —me dijo.

El secretario introdujo un pequeño chino, como de cinco pies de estatura, con el aspecto de un estudiante oriental de los que aquí abundan.

“Mucho gusto de conocerlo, capitán Ellis”, me dijo en perfecto inglés.

Chester me explicó lo que el chino deseaba.

“Mr. Wong maneja la venta al menudeo de nuestras mercancías” —Wong asintió con un movimiento de cabeza. “Como nuestras existencias son ahora abundantes, no deseamos transportar mercancías durante unas dos semanas”.

De nuevo Wong hizo una inclinación con la cabeza.

“Sin embargo, hemos pensado que durante ese tiempo usted pueda ganar algún dinero si usted gusta” —intervino Wong.

“Cómo?” —pregunté.

“Varios paisanos míos tienen algunos parientes a quienes desearían traer a este país, actualmente se encuentran en México, pero no pueden pasar a los Estados Unidos” —explicó.

Chester terció entonces: “No queremos que usted se pase dos semanas sin ganar dinero. ¿Qué piensa si transporta en avión a esos chinos?”

Yo vacilé: “No me dedico a esa clase de negocios y...”

“Pagamos 150 dólares por cada uno, y puede usted traer seis en cada viaje”, —dijo Wong.

“Es un favor que queremos hacer a nuestro distribuidor, Ellis, y se lo agradeceremos mucho” —añadió Chester.

El dinero es siempre dinero, por lo que dije:

“Muy bien, volaré con esos chinos”.

FIN

Historia de la Iglesia....

Sigue de la página 13.

nes del Monseñor Averardi, como por la influencia de Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, decidió poner término a la situación, encarcelándose a Pérez.

Pérez a Punto de Morir Envenenado.

Dos años estuvo recluido en la cárcel de Atlixco el Cura Pérez, habiendo atentado sus enemigos contra su vida, pues sufrió un síncope a consecuencia del cual le vino una deformación de la cara; pero la que corrigió la naturaleza al transcurso de los años.

Cuando cumplida su penitencia, el más tarde Patriarca Pérez, recobró su libertad, estuvo inactivo durante algún tiempo, pero a poco entró en contacto con el famoso Obispo de Tamaulipas, Don Eduardo Sánchez de Camacho y ambos fundaron una iglesia ortodoxa católica, apostólica, nacional y mexicana.

Para eso, Don Porfirio había entregado a Pérez, la Iglesia de San Agustín de Puebla, y dando autorización para que se diese ese paso.

Sin embargo, Pérez cometió el error de hacer demasiado bombo a la fundación de la Iglesia Cismática, a propósito del arribo del Obispo de Tamaulipas, en donde iba a ser consagrado como jefe de la misma y Don Porfirio, que también cambiaba de opinión fácilmente, resolvió quitar su apoyo a la idea y negó todo permiso para la solemne ceremonia que se preparaba, aún cuando esta vez no puso presos ni al inquieto Pérez, ni al Obispo Camacho.

Este, por la época, era ampliamente conocido, en virtud de que había sostenido conferencias públicas, negando la aparición de la Guadalupana.

Otro Intento Para Fundar la Iglesia Cismática en México.

Pero no por eso Pérez desistió de su intento de fundar una Iglesia Cismática en México, pues a poco se alió al padre Camilo Rivera, de Tlalmanalco, Méx., y al famoso canónigo Don Antonio Paredes, e hicieron un movimiento tendiente a ese fin.

La excitación fué muy grande, pero temporal esa vez el padre Pérez logró su objeto, pues el triunvirato fué perseguido y dos de ellos tuvieron trágico